

de conciencia y voluntad que constantemente están imprimiendo nuevas formas a la materia. El último capítulo del libro, es fundamental por estar dedicado a la relación de la praxis y la violencia: en él se afirma que la materia sólo puede transformarse violentándola. La teoría de la violencia se convierte así en el eje de toda "praxis". El orden establecido únicamente puede transformarse por el uso de la fuerza y, siendo el hombre el único ser que puede usar de ella, Sánchez Vázquez define la violencia por su carácter exclusivamente humano.

El trabajo humano violenta la naturaleza para adecuarla a sus necesidades, el escultor violenta el mármol para crear la estatua que va a satisfacer una necesidad estética. A los hombres que violentan a los hombres en las sociedades explotadoras hasta convertir las relaciones de producción en violencia establecida se responde históricamente, con la violencia revolucionaria que asegura el progreso social. Estas violencias de signo positivo, en contraposición a las de signo negativo, son inseparables de toda acción humana, creadora, transformadora, nos dice Sánchez Vázquez, y estarán unidas al hombre en su proceso de humanización de la naturaleza y de sí mismo, salvo la violencia revolucionaria, que como "partera de la historia" ha acompañado a la praxis social humana en sus viajes decisivos, y que trabaja en definitiva contra sí misma, es decir, contra la violencia de mañana, concluye Sánchez Vázquez.

Antes de emitir un juicio crítico hay que destacar, por su importancia, el tono polémico de Sánchez Vázquez ante los filósofos que se han ocupado del mismo problema. Nuestro autor sostiene, frente a esos pensadores, una posición muy personal que resulta a la postre aleccionadora, pues supera un vicio tan común a la filosofía de nuestros días, que consiste en señalar en el adversario con quien se polemiza, sólo aquello que es falso, para así refutarlo fácilmente. Las críticas de Sánchez Vázquez, por

el contrario, tienen el innegable mérito de ser documentadas y los contrarios tratados honradamente, de ahí que sus juicios no sean pura negación, y que en algunos casos acepte sus argumentos explicando su sentido.

Sánchez Vázquez ha abierto nuevos caminos a la teoría marxista de la praxis, a la vez que su riqueza filosófica nos pone en contacto con un mundo nuevo que resulta revolucionario para la filosofía, pues hace del hombre un "homo faber", un ser creador, productor por excelencia, que rompe con la concepción tradicional aristotélica del hombre como animal político. La *Filosofía de la praxis* constituye un trabajo sistemático, hasta ahora, único en su género.

—Melvin Cantarell Gamboa

---

Jean Pouillon y otros: *Problemas del estructuralismo*. Siglo XXI Editores, México, 1967. 182 pp.

---

Desde hace más de una década el estructuralismo ocupa un sitio de relevancia entre las corrientes metodológicas. Si se afianza primeramente merced a la proficua obra de Claude Lévi-Strauss desde la disciplina antropológica, hoy prácticamente no hay rama de la ciencia social que no posea una escuela estructuralista. Este método de análisis ha sido objeto de debates y controversias y la apreciación de sus posibilidades y sus limitaciones mantiene actualmente una plena vigencia. A tal punto que la prestigiosa publicación parisense *Les Temps Modernes*, que dirige Jean-Paul Sartre, dedicó el número de noviembre último especialmente a este tema. Siglo XXI Editores ha contado con el buen criterio de editar en su colección Teoría y Crítica esta serie de ensayos a los que seis autorizados intelectuales brindan sus conclusiones respecto de los *Problemas del estructuralismo*.

Citamos en primer término uno que entendemos entre los más valiosos y atractivos: "Sistema, estructura y contradicción en *El capital*", por Maurice Godelier. El autor —también de *Rationalité et*

*irrationalité en économie*, de próxima aparición en Siglo XXI— que denota ciertos puntos de identificación con Althusser, entiende restablecer el diálogo entre estructuralismo y marxismo. Lo que no debe sorprender, señala, "puesto que Marx, hace más de un siglo describía toda la vida social en términos de 'estructuras', lanzaba la hipótesis de la existencia de 'correspondencias' necesarias entre infraestructuras y superestructuras para caracterizar diversos 'tipos' de sociedad, y pretendía, por último, ser capaz de explicar 'la evolución' de estos tipos de sociedad por la aparición y el desarrollo de contradicciones entre sus estructuras".

Expresa Godelier que para Marx, lo mismo que para Lévi-Strauss, las "estructuras" no se confunden con las "relaciones sociales" visibles, sino que constituyen un nivel de la realidad, invisible pero presente más allá de las relaciones visibles. La lógica de éstas, y más generalmente las leyes de la práctica social, dependen del funcionamiento de estas estructuras ocultas, cuyo descubrimiento debería permitir "informar sobre todos los hechos observados", como lo sostiene Lévi-Strauss.

Al suponer que la estructura no se confunde con las relaciones visibles sino que explica su lógica oculta, Marx anuncia la corriente estructuralista moderna. "Se une plenamente a esa corriente, al plantear la prioridad del estudio de las estructuras sobre el de su génesis y su evolución."

En su comparación entre Marx y el estructuralismo moderno, Godelier llega a aislar dos principios de análisis sin uno de los cuales "el estudio del funcionamiento interno de una estructura debe preceder y aclarar el estudio de su génesis y su evolución", afirma que no es posible comprender la arquitectura de *El capital*. El otro principio es que "una estructura forma parte de lo real, pero no de las relaciones visibles". Y el autor en las páginas que siguen demuestra la validez de su aserto. Por ejemplo, en lo que atañe a la definición del dinero "Marx

no opera a la manera hegeliana 'deduciendo' una categoría a partir de otra. Hace explícitas las funciones de un elemento en el seno de una estructura o de una estructura en el seno de un sistema y explica el orden de esas funciones. Por tanto, no tiene que esperar que se haya descubierto dónde y cómo se inventó la primera moneda para resolver 'el enigma del dinero'."

Pierre Macherey, coautor con Althusser de *Lire le Capital I* —de próxima edición por Siglo XXI— aborda el capítulo "El análisis literario, tumba de las estructuras" con una interpretación que disiente con la línea que caracteriza los restantes trabajos. Marc Barbut se ocupa "Sobre el sentido de la palabra estructura en matemáticas". "Estructura e historia" es el tema tratado por A. J. Greimas, y Pierre Bourdieu concluye con "Campo intelectual y proyecto creador."

En su ensayo introductorio, Jean Pouillon trata de aproximarse en una definición del estructuralismo, tarea nada simple por cierto, y de su forma operativa, para cuya enunciación se puede seguir más de un camino, lo que no excluye alguna eventual discordancia. Como lo señala Pouillon "el estructuralismo, bajo este nombre o con cualquier otro, siempre se practicó sin suscitar otra cuestión que la de saber si agotaba la actividad del conocimiento o si en este asunto no tenía más que hacer que poner la realidad en casilleros". Y añade que tomado de manera tan simple no podrían llegar a entenderse tan apasionadas discusiones. Prosigue el autor que el estructuralismo propiamente dicho comienza cuando se admite que es posible confrontar conjuntos diferentes, en virtud de sus diferencias —que se trata de ordenar— y no a pesar de ellas. De allí que el estructuralismo supone la pluralidad de las organizaciones, pues no tiene sentido hablar de una estructura propia de cada conjunto o de una estructura-tipo que sería de alguna manera su imagen compuesta: cada variable —sostiene Pouillon— lo es de las demás

y no de una de ellas, que sería privilegiada, ni de un "tipo ideal".

Estructura da una idea afín a la de organización, pero en el presente caso su aplicación es distinta: "Una organización es una combinación de elementos; es el orden de los hechos, y no es inteligible por sí misma, mientras uno se limite a describirla aparte de cualquier otra. Sólo se vuelve inteligible cuando, por el contrario, es posible captar su arreglo interno (la estructura en el sentido del diccionario) como uno entre otros, porque es la única forma de plantear el problema de su significación." Se concluye en que el estructuralismo no define simplemente un orden, sino que fundamenta en él su dinamismo práctico.

Respecto de las posibilidades del estructuralismo, Pouillon sostiene que ningún campo le está prohibido, y no porque resuelva todos los problemas sino porque puede abordarlos. Para probar que lo real está estructurado, nada indica que sea necesario reducirlo. El estructuralismo no es el formalismo. Por el contrario, inquiera sobre la distinción entre la forma y la materia y no hay materia alguna que *a priori* le resulte inaccesible.

Mas a juicio del autor cabría aun elaborar una teoría general de las contradicciones para establecer en primer término su tipología. Añade que el estructuralismo enfrenta aquí, aparentemente, su dificultad más grande. Que el análisis y la colocación de las realidades históricas puedan ser estructurales, como se ha tratado de demostrar, ¿acaso implica que en sí mismos también lo son? Que las relaciones sean estructurales no dice que las plantea. Se vuelve así para Pouillon la objeción fundamental: el estructuralismo permite analizar lo constituido, pero ¿dónde está el constituyente? Para Sartre la estructura sólo puede comprenderse por la praxis, con lo que al reconocer el carácter dinámico de la estructura rechaza el estructuralismo.

Sin embargo —concluye Pouillon en su *Ensayo de definición*— ante el interrogan-

te: ¿la estructura es producto de la praxis y lleva su marca o la praxis está determinada por la estructura?, parece que basta con leer los análisis de Sartre o de Lévi-Strauss para convencerse de la complementariedad de las dos nociones: no es posible pensar una sin la otra, y su oposición no es quizá tan radical como para ser la de *dos* caras de una *misma* realidad.

Elías Condal

Miguel León-Portilla: *Trece poetas del mundo azteca*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1967, 252 pp. 4 ils. en color, 10 ils. b. y n. (Ed. bilingüe, en náhuatl y español).

Miguel León-Portilla, investigador que ha conseguido al mismo tiempo profundizar en la oscura realidad náhuatl y realizar obras de gran mérito histórico y documental, encuentra en esta edición de *Trece poetas del mundo azteca* la forma justa de presentar varios aspectos, por demás interesantes, de una literatura nunca antes dada a conocer y cuyos temas, sin embargo, afloran ocasionalmente en los escritores mexicanos que, por mera referencia vaga o por un inconsciente volver al pasado, dan lugar a ese realismo mágico que los estudiosos de la literatura ubican preferentemente en hispanoamérica.

Los nombres de Nezahualcōyotl, Nezahualpilli, Cacamatzin y Axayácatl traen a la memoria del lector un eco de historia que se dejó atrás sin

profundizar, pero a excepción del primero, ninguno parecía tener relación con la poesía, hasta que León-Portilla nos los descubre como escritores, enmarcados además en un boceto histórico breve y eficaz. Lo meritorio del acercamiento a los poetas y sus obras es la presentación de los textos en náhuatl, seguidos de una traducción directa, sin afeites, que ayuda a formarse una imagen clara del hombre frente a ciertas preocupaciones religiosas, filosóficas, ontológicas, y su recurrencia a los valores que respetaba y que consideraba inmutables. Esta traducción tan llena de sinceridad es más notable, por ejemplo, en los poemas de Nezahualcōyotl, que fueron dados a conocer hace cien años, o acaso más, por José Joaquín Pesado, quien honradamente llamó "traducciones o glosas" a las que hizo de las obras del rey de Tezcoco, pero que ineludiblemente las aproximan a su contemporáneo José Jorjilla, más que al remoto poeta del monoteísmo intuitivo.

El tono crepuscular, advertido en los poetas mexicanos post-románticos y modernistas, viene a resultar heredado de los ancestros indígenas, según se ve por la tónica que siguen estos trece poetas. La alegría y el colorido que manifiestan en ocasiones, siempre representados por los cascabeles, las plumas y las flores, tienen como contrapunto casi ineludible el pensamiento en la muerte, en el abandono de este mundo y de cuanto les resultaba grato. El regocijo se muestra a jirones, en-

marcado en los tonos fúnebres que no abandona quien, como el azteca, o el indígena mexicano en su mayoría, piensa que la felicidad es acarreadora de desdichas y que por ello no debe reconocerse demasiado abiertamente.

A pesar de la nota gris, acaso pesimista, del indígena, hay un poema especialmente notable, por lo raro, dentro de la antología, y es el de Tlatecatzin, que le canta a la *ahuinime*, la alegradora, la prostituta que, como tema obsesionante de la poesía universal, es la "Dulce, sabrosa mujer, / preciosa flor de maíz tostado, / sólo te prestas, / serás abandonada, / tendrás que irte, / quedarás descarnada." Y aun en esta poesía, casi una anacreóntica por el tema escogido, hay la consideración angustiosa del placer como preludio del dolor y la muerte.

La realización de esta antología tiene como virtud evidente la búsqueda de poemas que no son propiamente religiosos, ni épicos por definición, ni líricos del todo; no obstante, estos tres tipos de poesía aparecen amalgamados en todas, porque la orientación que se le dio a la labor del investigador fue más hacia los poetas que hacia las obras, y esto constituye otro acierto. Hasta ahora todas las incursiones en la literatura prehispánica, se habían hecho tratando de demostrar que nuestros antecesores habían tenido una actividad artística acorde con el desenvolvimiento normal que tienen las letras en todos los pueblos, o sea: buscando patentizar que los aztecas, o los mayas, o los incas, tuvieron su momento épico, su ciclo místico y su predilección por el lirismo.

La división de la literatura en ciclos cerrados y determinables, como la española en los menesteres casi gremiales de la juglaría y la clerecía, no tiene mucha aplicación a lugares y tiempos en que los poetas carecían de influencias y de escuela, y se guiaban por los acontecimientos y su apreciación de ellos; en ese sentido, estudiar a los poetas nahuas y a sus obras, abstrayéndolos de toda relación colegial, significa representárnoslos claramente como

